
No se puede hacer una carrera política e intelectual al mismo tiempo.

historiador francés muy grande, uno de los más grandes, Ernest Labrousse. Conoció a Jaurés, director del gabinete de León Blum. Pero no hizo carrera política. No se puede hacer una carrera política e intelectual al mismo tiempo.

Pero en la posguerra, por ejemplo, la dominación total del marxismo, del sartrismo...

FB ¡Ciertamente, no! El vocabulario marxista se difundía entre el pensamiento francés, pero un vocabulario disperso y dislocado no hace a un marxista. Forma una apariencia, un tintineo de palabras. En su mayoría, mis alumnos eran marxistas, pero todos dejaron el marxismo, uno tras otro.

¡Sí, pero después de 1975!

FB Sí, y es grave. Es como esos religiosos que cuelgan los hábitos tres o cuatro años después de haber entrado en una orden. Esa cuestión a mí nunca me ha molestado demasiado. En la época vi artículos escritos sobre mí que eran atroces. De los dos bandos. Yo era el marxista de unos y el norteamericano de otros. Poco importa. No hace mucho tiempo, vi un trabajo sobre el PC y los intelectuales, y pude constatar que el Partido Comunista me atacó diez veces más de lo que yo pensaba. No lo sabía. Pero confieso que eso me es totalmente indiferente.

Traducción Sergio Perelló

El imperio de una historia

Franfois Ewald

C*orno sucede con ía "nueva historia", no se puede comprender

el significado de la obra de Fernand Braudel sin remontarse a la coyuntura epistemológica del final del siglo XIX y al problema que aparece como la tarea general de ese momento: la construcción de una Ciencia del Hombre.

Micheí Foucault, en *Las palabras y las cosas*, describió la serie de transformaciones epistemológicas que colocó al hombre en el centro del conocimiento. Muchas disciplinas ya constituidas, historia, geografía, sociología, economía, podían pretender

dar el conocimiento adecuado. Todas podían pretender que ese nuevo objeto les diera una nueva dimensión, la conducción hacia otros niveles, su verdadera cientificidad. Cada una también podía pretender convertirse en la Ciencia del Hombre, excluyendo a las otras. Quisiéramos proponer una hipótesis: en Francia satisfizo esta ambición la llamada "nueva historia". La novedad de la nueva historia no consiste solamente en haber incorporado archivos dejados de lado hasta entonces por los historiadores. Su originalidad —y es posiblemente su éxito— está en que trascendió el ámbito histórico para llegar a ser al mismo tiempo geografía, sociología, economía. Y quien hizo ese trabajo, lo reflexionó y quiso institucionalizarlo fue precisamente Fernand Braudel.

La historia oficial era hasta entonces el relato de los acontecimientos, de las batallas y de la vida de los reyes; la geografía, en particular la escuela alemana, podía reivindicarse como la Ciencia del Hombre. Un hombre: Friedrich Ratzel; dos obras decisivas: su *Anthropogeographie* y su *Politische Geographie* (1897). Dos enormes volúmenes y una evidente pretensión totalizadora. El hombre es visto como especie viva, dependiendo del suelo, determinado por el medio ambiente. Friedrich Ratzel pretende fundar la Ciencia del Hombre como ecología política.

La empresa tendrá que enfrentar diversas críticas en Francia. Primero la de los geógrafos, encabezada por Paul Vidal de la Blanche, completamente hostil al determinismo ratzeliano y oponiendo a la geografía política una geografía humana. Después, la de los sociólogos de la escuela de Durkheim, quienes critican las pretensiones de la geografía ratzeliana a nombre de una "morfología social" que sería la verdadera ciencia de la estructuración espacial de las sociedades humanas. Y más tarde, la crítica de quien será uno de los fundadores de la nueva historia: Lucien Febvre pondría a geógrafos y sociólogos en el mismo plano en su libro *La tierra y la evolución humana* (1922), subtulado *Introducción geográfica a la Historia*. Lucien Febvre hacía de la geografía un objeto de la historia, y hacía de la historia el instrumento adecuado para tratar la complejidad de las relaciones entre el hombre y el espacio. Abría de un solo golpe un nuevo campo a los historiadores y hacía de la historia un método para la geografía, a riesgo de desposeerla de su propio objeto de estudio.

Pero es inevitable inscribir la obra maestra de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe U*, en las coordenadas trazadas por Lucien Febvre. Y no tanto porque Braudel la haya incorporado, lo que no es factualmente cierto, como subrayar —y esto es mucho más interesante— la evidente continuidad epistemológica. Estudiando inicialmente, según un programa clásico, la política mediterránea de Felipe U, Fernand Braudel descubrió rápidamente *un espacio* como su verdadero objeto: el Mediterráneo, del que había tenido la revé-

La novedad de la nueva historia no consiste solamente en haber incorporado archivos dejados de lado hasta entonces por los historiadores. Su originalidad—y es posible su éxito— está en que trascendió el ámbito histórico para llegar a ser al mismo tiempo geografía, sociología, economía.



La idea inicial es que no hay nada que escape al tiempo. Todo es historia, incluso el espacio, la tierra, el suelo, porque no existen más que a través de la vida de los hombres.

lación al llegar a Argelia y del que había recorrido los archivos durante una veintena de años. Al hacerlo, Braudel no sólo agregaba una dimensión complementaria a la historia, sino ponía en movimiento lo que se consideraba habitualmente como su escenario inerte. El desglose del libro puede engañar. No hay una parte geográfica, otra económica, una última política. Se había permanentemente del Mediterráneo, espacio a la vez organizador y organizado, subordinado a un régimen de transformaciones reguladas —y estudiadas por Fernand Braudel— por la constante acción del tiempo.

Si *El Mediterráneo*, según una expresión del propio Braudel, compete a la "geo-historia", los tres volúmenes de *Civilización material, economía y capitalismo* son la gran obra "geo-política" que la tradición geográfica francesa no había alcanzado a producir. Bajo el título familiar de "historia", Braudel inventó una manera de pensar el espacio-tiempo. No hizo la teoría; la practicó. La idea inicial es que no hay nada que escape al tiempo. Todo es historia, incluso el espacio, la tierra, el suelo, porque no existen más que a través de la vida de los hombres. No se puede aprehender el espacio más que a través de la dimensión del tiempo; pero a condición de disponer de una concepción que distinga tiempos diferentes, es decir, que considere la multiplicidad de las temporalidades materiales que establecen ritmos en los distintos regímenes de vida de los hombres —la vida cotidiana, la vida del intercambio mercantil, la vida política. Cada temporalidad es una manera de organizar el espacio, o una manera en la que un mundo o una región se diferencian y se organizan. Me imagino que si Fernand Braudel se hiciera filósofo diría que ni el tiempo ni el espacio existen en sí mismos, sea como propiedades de la naturaleza, sea como formas de la sensibilidad; lo que existe son los órdenes, es decir, complejos de espacio-tiempo ligados a prácticas. Y la tarea del historiador es la de describir esos órdenes, la de separar las estructuras en toda su positividad y diversidad, puesto que por principio son históricas. Nuestra suerte es que Braudel no haya sido filósofo, que haya preferido la riqueza de lo concreto a las abstracciones. Pero ciertamente hay que ser algo filosófico para entender el manejo de la historia que él hace.

Las relaciones entre la nueva historia, la historia de la Escuela de los *Annales* y la economía son bien conocidas. ¿Acaso la nueva historia no se constituyó en un principio como historia económica y social? *Annales*, la revista fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929, ¿acaso no llevaba por título *Annales d'histoire économique et sociale*? En la arquitectura braudeliiana la economía permite articular otras dos dimensiones del tiempo, geográfica y política. La economía pone el espacio en movimiento, lo revela frente a sí mismo,

El Mediterráneo trata la economía en tres capítulos centrales. En *Civilización material...*, lo económico aparece como el obje-

to mismo de la historia. Braudel nos dice que esta obra le fue impuesta por las circunstancias. Desde el punto de vista de la economía, realiza una operación análoga a la que hizo *El Mediterráneo* con relación a la geografía: la misma maniobra que permite que historia y economía se transformen recíprocamente la una en la otra, que se fundan la una en la otra para dar nacimiento a una nueva visión del mundo, que inmediatamente debía encontrar su pertinencia en la observación de la crisis económica mundial.

La importancia que se le da a la economía en el programa de la nueva historia tiene un doble significado. El primero es epistemológico. En la medida en que lo económico puede verse como un fenómeno de larga duración, aparece como el medio de asegurar una cierta objetividad en el discurso histórico. Le permite escapar del relativismo y del historicismo. Construye el discurso del historiador y le permite acceder a una cierta cientificidad.

El otro significado tan importante como el primero, es de carácter ideológico-político. Si epistemológicamente es justo, sin duda, inscribir la nueva historia dentro del mismo espacio de la geografía política alemana, es necesario precisar lo siguiente: al colocar a la economía en el centro de lo estudiado la nueva historia preservaba la nueva Ciencia del Hombre de los peligros del biologismo, del cual el siglo XX conoce demasiadas ingratas experiencias con el nazismo. Esta es una diferencia esencial. Además, al darle una dimensión espacial a la economía, Fernand Braudel la descarga de toda la escatología marxista, de la lucha de clases. No hay duda de que la manera en que la nueva historia se ha constituido como Ciencia del Hombre ha contribuido a neutralizar sus cargas ideológicas.

La economía política, que se pretende la única ciencia social rigurosa, se siente un poco amenazada por la concurrencia de una historia que se quiere constituir como Ciencia del Hombre. Lo mismo ocurre con la sociología. Aquí las relaciones son por necesidad directamente conflictivas. La sociología, a menos de perder su identidad, no puede aceptar las pretensiones de la nueva historia. La nueva historia no puede presentarse más que como una sociología lograda. Fernand Braudel habla de la historia como de una "sociología retrospectiva" e incluso llega a precisar que "puesto que no hay diferencia entre el pasado y el presente, la historia es una sociología".

Fernand Braudel ya polemizaba con su amigo Georges Gurvitch; no ocultó su reserva frente a los análisis de un Pierre Bourdieu. No se trata sólo de una querrela institucional, sino que involucra un problema de método decisivo para el proyecto de una Ciencia del Hombre, el cual Braudel había sistematizado como el concepto de la *larga duración*. La idea tiene dos aspectos. El primero se refiere a la historia: si ésta debe constituirse como ciencia dei hombre, debe abordar su objeto en su perma-

La economía política, que se pretende la única ciencia social rigurosa, se siente un poco amenazada por la concurrencia de una historia que se quiere constituir como Ciencia del Hombre. Lo mismo ocurre con la sociología.



La historia se impregna de las diferentes ciencias humanas, y recíprocamente, las ciencias humanas integran la dimensión histórica a sus propios problemas.

encia, dentro de la identidad entre pasado y presente. La esencia del hombre, si el término puede aplicarse aquí, debería buscarse en aquello que no se mueve, en lo que se repite e insiste dentro de la historia. La *larga duración* sería la única manera de aprehender dicha esencia.

Ello acaba por decirle al sociólogo que si no se convierte en historiador sólo puede captar una especie de capa superficial cuyo significado no puede comprenderse por sí mismo. Tal es la importancia del reproche que Fernand Braudel dirige al sociólogo: la sociología sería un conocimiento ciego sin la historia. Sólo la dimensión del tiempo permite apreciar el significado de lo que las ciencias humanas pueden entender del hombre. En una palabra, la *larga duración* es la medida, el instrumento de evaluación que permitiría a las ciencias humanas tener una conciencia exacta de ellas mismas. Razón decisiva para que exista una especie de privilegio, al menos metodológico, de la historia entre las ciencias humanas.

Fernand Braudel recuerda frecuentemente que si Lucien Febvre y Marc Bloch pudieron haber soñado en colonizar las ciencias humanas en provecho de la historia, su deseo personal —aquel por el cual luchó en favor de la creación de la sexta sección de la École des Hautes Etudes y la construcción de la Maison des Sciences de l'Homme— no era tratar de privilegiar la historia, sino por el contrario hacer posible una serie de reciprocidades, un complejo sistema interdisciplinario. La historia se impregna de las diferentes ciencias humanas, y recíprocamente, las ciencias humanas integran la dimensión histórica a sus propios problemas. De tal forma, la Ciencia del Hombre se desarrollaría según el esquema de una "Interciencia".

Hoy en día estamos muy lejos de eso. Esta más bien parece ser una época de dispersión de las ciencias del hombre: división y dispersión. La economía se preocupa poco por la historia; la sociología no existe actualmente más que en la división de sus capillas; la geografía, durante mucho tiempo silenciosa, trata de reconquistar su autonomía a través de la problemática de Herodoto; los historiadores de la generación posterior a Fernand Braudel se han metido en otros terrenos según otras formas de problematizar el pasado. El hombre que hoy en día presentan las ciencias humanas tiene los *membra disjecta*.

Fernand Braudel debe vivir el estilo que tanto se le celebra hoy en día, con cierta amargura. Todos esos elogios con seguridad le recuerdan que en el fondo él está solo, y que a fin de cuentas el programa por el cual tanto militó sigue siendo el suyo. Hablar de fracaso sería a la vez injusto e ingrato: sería enmascarar todo lo que él permitió. Es normal que una generación desplace a otra. Fernand Braudel no ha sido engañado. Llegó el momento de descubrir que si está solo se debe a que es único. Es posible que creyera en ese Hombre, del cual quería que se hiciera

la ciencia. Poco importa. Como un demiurgo logró hacerla existir. No como un ente muerto sino como el ser vivo en el que nos convertimos cuando leemos nuestro propio historial a través de su mirada. Decir que Fernand Braudel es un historiador es una reducción. Braudel logró hacer de la historia no solamente una técnica rigurosa para resucitar el pasado, sino un arte para inventar el presente.

Braudel logró hacer de la historia no solamente una técnica rigurosa para resucitar el pasado, sino un arte para inventar el presente.

Traducción de Sergio Perelló
Tomado de *Le Magazine Littéraire*.

Un déspota sonriente

Pierre Goubert

El historiador Fernand Braudel murió en Saboya, la noche 27 al 28 de noviembre de 1985, tras una intervención quirúrgica. Tenía ochenta y tres años. Miembro de la Academia Francesa y profesor honorario del Colegio de Francia fue, junto con Marc Bloch y Lucien Febvre, uno de los fundadores de la "historia nueva" e impulsó, durante más de treinta años, la escuela de *Annales*.

"Amé apasionadamente al Mediterráneo, sin duda porque provine del Norte, como tantos otros, después de tantos otros. Le habría de consagrar con alegría largos años de estudio —que resultaron en mí un poco más que toda mi juventud". Escritas en 1946, estas fueron las primeras líneas de aquel libro de 1160 páginas titulado *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Como él, los que vinieron de Lorena o de otros lugares elogiaron al *Mediterráneo* como historiadores, fascinados por este libro extraordinario y novedoso, tan sorprendente y encantador como su autor. Yo no puedo releerla en mi viejo ejemplar, desgastado y manchado, sin admirar su profundidad y su fluidez, y sin escuchar esa voz musical y aterciopelada, en donde el violonchelo alterna con la flauta transversa.

Este *Mediterráneo* de la primera edición —porque fue corregido, tarea que sólo él pudo afrontar y mejorar— fue un logro y un punto de partida, simultáneamente. Entender esto es básico para comprender a este hombre, infinitamente más complejo y especial de como lo presentaron comúnmente los llamados medios de comunicación.